

# Ludwig Zeller o el desarraigo voluntario

LUIS SANCHEZ LATORRE\*

Me desayuno. Yo creía a Ludwig Zeller nacido el año 25. Veo ahora que nació el 27. En el Norte de Chile, cerca del río Loa. ¿Qué tan cerca? En la actualidad es un potentado del arte, de la poesía, sobre todo para los hispanoparlantes, en Canadá. Forma pareja con la pintora Susana Wald.

Durante quince años por lo menos trabajé, mano a mano, con Zeller en el Ministerio de Educación. Más. Influyó, si mi capacidad de convocatoria alcanzaba a tanto, en la designación de Ludwig Zeller como oficial de grado ínfimo en la planta de la Subsecretaría del Ministerio de Educación. Temo que al Zeller de la hora presente no le agrade que le recuerden estas cosas. Pero, ¡qué diablos!, cual más, cual menos, debe en Chile desempacar a una hora X cierto venerable o vituperable ‘pasado burocrático’. El grado ínfimo no se lo otorgué yo. Dios me perdone. Se lo otorgaron las circunstancias. Al igual de lo que acababa de suceder conmigo; sin respaldo de la tienda política imperante era imposible aspirar a un cargo mejor remunerado. Julio Arriagada Augier, ex Vicepresidente de la Alianza de Intelectuales de Chile, alto miembro de la logia masónica, *La Montaña N° 50* y destacado

\*LUIS SÁNCHEZ LATORRE, escritor, crítico literario, Premio Nacional de Periodismo, vastamente conocido por su seudónimo Filebo, Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua.

personero del radicalismo, tenía una hermosa hoja de servicio en honor de la poesía. No podía tolerar la idea de ver a un escritor en los menesteres azarosos del despojado de un reconocimiento mínimo.

Julio Arriagada Augier era Subsecretario de Educación Pública, en el Gobierno de Gabriel González Videla, el último de los tres sucesivos mandatos radicales, cuando Ludwig Zeller (civilmente hablando, Pedro Zeller Ocampo) ocupó una plaza en el Departamento de Cultura y Publicaciones, dirigido a la sazón por Baldelorio Riquelme, hombre de plena confianza del Subsecretario. Zeller me había ayudado anteriormente a preparar un número especial de la *Revista de Educación*. Su contribución espontánea y gratuita atrajo la atención de Arriagada, quien dio al poeta las seguridades de que “a la primera vacante...”. El Subsecretario —pocos pueden comparársele en la historia del Ministerio de Educación— estaba empeñado en fomentar, contra viento y marea, las actividades de orden artístico. Incorporó a Hugo Miller, que no terminaba aún de proclamarse disidente del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, para que organizara lo que Miller llamó, pensando en Stanilawsky, su maestro, “Teatro de Arte del Ministerio de Educación”. Al mismo tiempo, en el flamante edificio de la Alameda del Libertador Bernardo O’Higgins, cerca de Teatinos, abrió una gran sala consagrada a las exposiciones plásticas. Allí, junto a Víctor Carvacho y luego también al lado de Reinaldo Villaseñor, Zeller obtuvo el título (no más renta, pero sí más fulgor) de Comisario de Exposiciones. Yo trabajaba en la oficina contigua. Tenía como compañeros, entre otros, a Nicomedes Guzmán, a Hugo Goldsack, novelista de fama el primero; historiador de la literatura, periodista y, posteriormente, poeta de nota el segundo. Nuestra misión consistía en difundir los valores literarios de Chile. Al respecto, cabe evocar que aquel Subsecretario había conseguido la inclusión en el ítem del presupuesto del Ministerio de una cantidad de dinero que permitía comprar libros de autores nacionales. Muchos poetas consiguieron de este modo dar a la luz sus producciones porque el mecenazgo del Ministerio les facilitaba la compra de los ejemplares necesarios para financiar el costo de sus obras. Los libros eran enviados a todas las bibliotecas de escuelas y sindicatos de obreros del país.

El conocimiento de la literatura chilena se hizo de esta manera masivo. Benjamín Velasco Reyes, el poeta chillanejo, compartía nuestras funciones casi siempre desde su asiento en la provincia. Su misión específica consistía en organizar bibliotecas populares y propiciar la formación de grupos culturales en regiones más o menos apartadas del poder central de las comunicaciones.

Curiosamente, en aquella época la actividad literaria de Zeller sustentaba rasgos, como dije alguna vez, de 'poesía secreta'. No omito su admiración por los chilenos Humberto Díaz-Casanueva y Rosamel del Valle, extraordinarios temperamentos de *vis* hermética. Los románticos alemanes y los surrealistas franceses al estilo de Péret y Breton movilizaban en él una poderosa corriente de ensueños ocultos. Bajo la máscara del Comisario de Exposiciones de la Sala de Arte del Ministerio de Educación se escondía un poeta que publicaba su obra en ediciones artesanales, manuales, muy cuidadas, como tejidas en un telar y pintadas con sus propios dedos.

Dos acentos de su personalidad ocuparon mi interés en aquella época. Uno: su notable don de adaptación a la tarea burocrática. No parecía sufrir ni con la escasez de los emolumentos ni con el sentido prosaico de las ordenanzas administrativas. Otro: su penetrante y rápido proceso de asimilación de los placeres estéticos de la mirada. ¿Hablo mal? Digo que Zeller se transmutó en pintor y *collagista* en la medida en que el mundo de la pintura lo invadió de forma si se quiere burocrática. Arrasado por esta pasión, se dedicó también a crear su "museo imaginario". Sus ojos encontraron la poesía en la pintura. El *collage* de origen surrealista lo puso en parangón con Braulio Arenas, quien no eludió la prueba de su amigo.

La fama de Zeller entre sus congéneres de la poesía era entonces en Chile peregrina, por no argüir que inexistente o nula. Salvo Humberto Díaz-Casanueva, Rosamel del Valle, Enrique Gómez-Correa, Braulio Arenas, Dámaso Ogaz, también poeta y pintor, poquísimos eran los que conferían importancia de fondo a los poemas de Zeller. Este, convencido de su categoría de 'poeta secreto', mantenía correspondencia con figuras como Octavio Paz, en México, o César Moro, en el Perú. De sus primeros libros publicados en Chile, con excepción de algunos textos de la poesía del antiguo Egipto o de alguna traducción de Hölderlin (en cuya labor contó con el consejo inestimable de Vera Kloset, no se conservan muchos detalles de memoria. Yo los guardo porque me los dedicó a título de "compañero de trabajo".

De pronto, hacia los años 70, a las puertas de obtener una jubilación con veinte años de servicios en la Subsecretaría de Educación, optó por hacer abandono completo de sus funciones administrativas. Como Gauguin, marchando hacia las islas del sol de los mares del Sur, de la noche a la mañana Ludwig Zeller, nacido en sollamadas tierras pampinas, inició su éxodo hacia las regiones frías del Hemisferio Norte. ¿Qué elementos no consultados en la bitácora visible lo empujaron de improviso hacia esos rumbos? Misterio. Para muchos, una sorpresa, un vuelco insólito, una súbita vuelta de campana. El sedentario burócrata del arte en el Ministerio

de Educación cambiaba de *hábitat*. Ahora se convertía en editor de sus obras y de las de otros. Con los más bellos y valiosos materiales. Con indudable lujo de estilo. Con recursos que jamás habría obtenido en Chile. Además, *collagista*, imaginista de prestigio. Sus contactos internacionales, en consecuencia, se han extendido.

No hace mucho tiempo, con motivo de un viaje a Santiago de Chile, poetas, innumerables poetas que en no raras ocasiones aseguraron desconocerlo de hecho, corrieron a abrazarlo. Su exposición en la capital de Chile se transformó en 'suceso público'. ¿Qué dijo Zeller al respecto? Lo de siempre: —Nadie es poeta en su tierra. Tiene uno que venir de fuera para que lo reconozcan... En homenaje a la verdad, no estuve en su exposición ni corrí a abrazarlo.